

# EL DICTADOR

(DRAMA INEDITO)

## PERSONAS

MAURENO.  
MONSEÑOR TUCA, Nuncio del Papa.  
RIMBALDO, Obispo de Sidonia.  
Esbirros.  
SOR MARIA, Abadesa de la Trinidad.  
ARABELA.  
BASILIO.  
Un centurión.

## ACTO PRIMERO

Monseñor Tuca.—Cuando fuisteis por mí, la Señora hablaba todavía. Me figuro.  
Rimbaldo. Y tan distintamente que no cabía duda respecto de su voluntad. Me pidió suplicase a Vuestra Eminencia, pasar luego a oír las palabras de la muerte, si así pueden llamarse las de una que se muere. La tumba le eleva a cualquiera, Monseñor: dígnese Vuestra Eminencia dispensarnos la familiaridad.  
El Nuncio. Y a cualquiera le hace descender, Señor Rimbaldo: en ese palacio no hay puestos de distinción. Un moribundo tiene derecho a hombraarse con el Papa, siendo así que ya

- goza, en cierto modo, del título de la inmortalidad. ¿Y quién soy yo para que nadie se recele de llamarme? Humilde sacerdote, tan pequeño como el que más, en presencia del sepulcro. Dichoso yo si me fuera dable ofrecerle la mano al al que se va, para que, apoyado en ella, pasase sano y salvo. Por lo que se me alcanza, la Señora tenía uno como secreto que comunicarme: ¿pensáis lo propio?
- Rimbaldo. Y aun me temo que fuese punto grave.
- El Nuncio. El no habérmelo querido revelar sino "in artículo mortis", deja presumir que la materia no es de las comunes. ¿Sospecháis sobre qué hubiera versado su consulta?
- Rimbaldo. El caso no lo puedo fijar ni en el pensamiento; más tengo unas sombras y lejos que harto me zozobran. Mi hermana abrigaba en el pecho un secreto.
- El Nuncio. Y lo abriga aún: ¡tan mala está que la contáis por muerta!
- Rimbaldo. Las horas que ha de vivir, Dios lo sabe: yo no veo sino que de su situación no podemos prometernos larga vida.
- El Nuncio. Rara enfermedad. Los médicos dicen algo: es regular.
- Rimbaldo. Uno dice que puede vivir, otro que puede morir.
- El Nuncio. Dos conceptos encontrados, que juntos componen una verdad: ninguno de esos sabios yerra, pues se

- atienden a lo posible. ¿Debe de estar actualmente alguno a la cabeza?
- Rimbaldo. Sí, por cierto; con lo cual la probabilidad de la muerte está más acreditada que la de la vida.
- El Nuncio. Eso es juzgar a juicio de buen varón. Si la desgracia se consuma, vuestra consagración sufrirá un desagradable retardo, Señor Ilustrísimo.
- Rimbaldo. Ilustrísimo. . . Vuestra Señoría no ha querido partir sin dejarle a mi familia esta que tanto es prueba de su benevolencia, cuanto prenda de nuestro agradecimiento.
- El Nuncio. La merecéis, Señor Rimbaldo. El derecho a la sucesión en el arzobispado, será un hecho, no lo dudéis: ni se dirá que yo esté en Roma para nada.
- Rimbaldo. Apenas me atrevo a creer en tal fortuna, Monseñor, de la cual, en Dios y en conciencia, me tengo por indigno. ¿Sabe Su Santidad a quien levanta a este peldaño de la jerarquía?
- El Nuncio. Mi cariño no hubiera sido un título para vuestra elección. Señor Obispo: todo lo que él ha hecho ha sido ponerme en aptitud de ver con claros ojos vuestros méritos. Mi corazón se negaba, por otra parte, a ir tan cargado de gratitud, sin dar una muestra visible de ella. Amistades como la vuestra dejan una huella luminosa en el pecho de quienes las disfrutan.

- Rimbaldo. Nuevo favor. Viva mi hermana, y la honra en que me deja vuestra Señoría será sin amargura.
- El Nuncio. La eternidad no presta nada al mundo, nada le pidáis: una tumba más en el panteón del género humano. Sufrid vuestra pesadumbre, y conformaos con esa ausencia. De buena gana os ahorrara yo la mía, si todo fuera consultar a mi albedrío. Veo con pena aproximarse el día de mi partida: le he cobrado a este país un afecto que harto se parece al de la patria. Un gran viajero llamó "el templo de la luz" a esta dichosa comarca.
- Rimbaldo. Los informes de vuestra eminencia no acrecerán, sin duda, la insana opinión que en el viejo mundo tienen acerca de nosotros.
- El Nuncio. Los ignorantes, Señor Obispo, si bien no hay duda en que es una como boga ignorar esta parte de la América. Si todos los viajeros fueran de aquellos en quienes la sabiduría y la buena fe se dan la mano, tales como Humboldt y Bonpland, estos pueblos gozarían de mejor concepto en Europa. Mas sucede, por la mayor parte, que al interés se sacrifica la verdad, y la gravedad de las cosas al flujo por hacer reír. Las obras del amor y la gratitud son diferentes. Contad con un abogado en Italia, Señor Obispo. ¿Qué nos trae la Abadesa? Aquí viene. Habernos atrevido a llamarle. . . Osadía sin fruto. Monseñor, disimule, que una monja de todo es capaz.



*El Dictador Gabriel García Moreno*